

1

—¡Mikel! ¡Qué alegría volver a verte!

—Creí que no llegaría nunca este momento. ¡Esos cabrones de funcionarios no tienen prisa para nada, sólo para cobrar a fin de mes! —espetó, mientras se dirigía al encuentro de su compañera, un instante antes de rodearla con los brazos, saltando del enfado brumoso a una desbordante complacencia.

El portón de metal chirrió al deslizarse sobre un carril de rodillos sin engrasar, dejando a Mikel frente al borde de la acera del resto de su vida, la de un ex convicto.

Mikel intentó sonreír, pero en su rostro sólo se dibujó una mueca macilenta. Había arruinado los mejores años en pagar culpas que nunca reconoció, atrapado entre barrotes fríos que nada sabían de luchar por unos ideales. El abrazo de los dos cuerpos ablandó sus rasgos ásperos, tras comprobar que Itziar le estaba esperando, fiel después de tanto tiempo. Por un instante, olvidó a los mastuerzos de la galería, dejó arrinconados en una grieta honda de su memoria los años de prisión y las tinieblas que anidaban en su alma. Y se rindió a lo inevitable. El roce de aquellas curvas femeninas compensaba el abismo de la separación, tronchando sus penas por donde más le herían.

—¡Al fin libre, Mikel!

—Al fin libre... libre...—repitió mecánicamente, convirtiendo su propio eco en un sonido ahogado—. Al fin libre... pero me han salido las canas entre barrotes —protestó, rumiando aquellas palabras que aún le parecían grotescas, sin sentido.

Respondía abrazado a ella, rodeándola con su vigorosa envergadura. En la frondosidad de aquel abrazo quiso recompensar a Itziar por todos los ratos de soledad y desconuelo, sin hurgar en la debilidad de las pasiones.



—¡Por el amor de Dios, eso ya no importa! Tenemos el resto de nuestras vidas, para nosotros, juntos. Tú y yo.

—Tú, yo y algo más...

—¿Qué, Mikel?

—Siempre nos perseguirá el pasado —añadió con una voz tomada, casi muda.

—¡No vuelvas sobre lo mismo! ¡Te lo prohíbo! —recriminó su compañera—. Hoy es el primer día de tu nueva libertad. Aunque te cueste, tienes que olvidar. Ya se han cobrado tu deuda.

—No es fácil olvidar.

—Mírate: estás sano y eres libre. ¡Libre! Es lo único que importa —sentenció, erradicando de raíz una turbia conversación que hubiera conducido a los años de clandestinidad y lucha armada.

—No puedo perdonarles que me hayan jodido diecinueve años de mi vida, Itziar. ¡Nunca! Es demasiado tiempo.

—Volveremos a empezar, Mikel. Desde cero. Para eso siempre hay tiempo —añadió ella cuando, al separarse de su pecho y mirarle a los ojos, tan cerca, distinguió el reflejo de la lluvia en su mirada.

Las arrugas se habían acumulado en los párpados indolentes de Mikel, perdidos en la inmensidad de aquel paraje meseteño. Su pelo ceniciento, más largo y acaracolado, revoloteaba sobre las sienes. Había sido el único preso con cabellos largos, un privilegio del que quiso disfrutar durante años. Cada vez que se miraba al espejo del lavabo, sus mechones le hacían creer en la libertad, en la entelequia de la revolución, en el fuego sagrado de su causa.

Aquella mañana, al atravesar la última puerta metálica, supo que le costaría extirpar el pasado de su cabeza, despojar de sus entrañas aquella diabólica bicha, el monstruo de largo espinazo que había roto a Mikel en dos mitades, taladrado por una esquizofrenia prolongada, hiriente. Necesitaba recomponer su propio naufragio, erradicar tanto odio atrapado en las retorcidas cancelas del rencor.



—Lo que tú digas, está bien —contestó abatido, como si un repentino cansancio doblgara su robustez física, medido por la brisa de un espacio abierto que aún le resultaba extraño. Su voz parecía capaz de cristalizar el aire.

—Eso está mejor —y le besó en los labios, irguiéndose de puntillas, para fundirse entre los pliegues de aquel cuerpo endurecido por los barrotos, casi extraño, rígido e incommovible.

—Una cosa más —añadió de improviso, rehén de una inquietud que le devoraba.

—¡Siempre que cambies de tema!

—¿Qué día fue ayer?

—La víspera de tu libertad. Treinta y uno de octubre.

—No me refiero a eso, mujer. ¿Qué pasó ayer de importancia?

—No sé. Vivo descolgada de la actualidad.

—Estoy seguro de que lo sabes. La emoción no te deja pensar —comentó con un gesto altanero, incrédulo ante la tardanza con que Itziar respondía.

Le parecía imposible que algo tan crucial pasara desapercibido a su compañera.

—No he leído los periódicos, Mikel. No me ha dado tiempo. Anoche llegué muy tarde, después de todo el día de viaje.

—Anoche se me revolvieron las tripas y el estómago volvió a dolerme. Mi mayor enemigo ha tenido una nieta.

—¿De qué enemigo hablas? ¿No eres capaz de desconectar?

—Una heredera al trono...

—¿Qué? —interrogó Itziar, mientras en su rostro se reflejaba la gravedad de quien barrunta una respuesta odiosa.

—Anoche nació una heredera al trono: la futura reina de España, un vástago más del Estado enemigo. Sumamos debilidad, Itziar. Desde anoche, nuestro rival tiene una almena más en su fortín —parecía que la entereza del ex convicto se deshiciera como una pompa de jabón.

—¡Olvida eso, Mikel!

—No puedo... No puedo...

—¡Olvidalo! ¡Te lo ordeno! Un día, es verdad, quisiste matar al rey, y no lo conseguiste. Te salió mal. Ninguno de los tuyos rebajó tu valor por haber errado el objetivo. De otras batallas has salido triunfante... Tú eras un *gudari*.

—Por eso no puedo olvidar. ¿O es que ya no lo soy? Un soldado de su patria sólo deja de serlo cuando muere... ¿Qué dice *Patilargo* de todo esto? —indagó curioso, con una aprensión que le inundaba.

—Nada, que yo sepa —mintió Itziar, previendo que aún no era el momento de comunicarle las últimas decisiones de la cúpula.

—Me han encerrado casi veinte años por actos terroristas, por malhechor y por pertenencia a banda armada.

—Usan un lenguaje jurídico, con leyes hechas a su medida... y tú lo sabes. Combatías con tus armas y el Estado con las suyas. Luchabas por algo en lo que creías...

—Hemos perdido, ¿verdad? —interrogó, mientras en sus ojos sangraba una espina clavada en el orgullo.

—Sí, Mikel. Creo que sí. No se puede mantener una lucha tanto tiempo. Rompe las vidas de todos los que la prolongan. Desolación y muerte.

—¿Tú estás bien? —indagó, como si un destello de lucidez le hubiera devuelto la medida por un instante.

—Sólo si tú lo estás —contestó ella, con un paño de tristeza que empapaba su semblante afligido—. ¿Te acuerdas de Koto?

—¡Claro!

—Todos estos años estuvo en la cárcel de Zaragoza, pero el viernes pasado le trasladaron a la de Soria. No pudo resistirlo. Se ha suicidado, ahorcándose con sus propias sábanas.

Mikel levantó la vista hacia las nubes que pasaban sobre sus cabezas, conteniendo un lamento. Los espasmos que preludian

la muerte quisieron sacudir su cuerpo. Sin bajar la cabeza, apretó con sus brazos a Itziar y ensartó los ojos en el vacío. Masticando el silencio, la boca se le secó como el esparto. Reconoció el olor de la muerte y sintió la necesidad de acariciar la brisa que brotaba del paisaje que los rodeaba, el mismo paisaje que había oteado desde su ventana del pabellón número once, el de incommunicados. Desde la altura de su celda, en la tercera planta, no dejó de contemplar, día tras día, aquellas encinas centenarias salpicadas sobre un lienzo marrón, acompañadas por escuetos brochazos verdes en cada preludio de primavera. El tiempo se había detenido para Mikel en aquella inmensidad que atravesaba la línea del horizonte.

Durante varios años sólo pensó en la hora de su liberación. Clavaba los codos en la repisa de la celda de Topas y acariciaba sus recuerdos. Tras calurosos veranos y amarillentos otoños, el invierno dejaba sentir su gélido aliento, arrastrando consigo prolongados catarros y una profunda melancolía, aunque él era más fuerte que Koto. Nunca pensó en el suicidio. Tal vez el odio le mantenía vivo. Cuando la dehesa que rodeaba la prisión extendía un manto vidrioso de escarcha, Mikel pensaba en el idílico valle de su tierra natal, frondoso y húmedo, lleno de vida en cada estación del año. Koto era un muchacho risueño cuando él le conoció.

En aquellos interminables inviernos, la ventana de su celda se había convertido en el único agujero que le comunicaba con el mundo, arrasada por los hielos de cada madrugada, mientras recorría con su mirada el horizonte de arbustos reseco que se recostaban al sol del mediodía. Un día, cogió un mapa topográfico y calculó los metros de distancia desde su celda hasta la concavidad que recorría el arroyo Ízcala, luego hasta la N-630, después hasta la manada de reses que abrevaban en los ramales sinuosos del arroyo, bajo un olor de alba.

Mikel había formado parte de un grupo de presos que inauguraron aquella cárcel, un islote de hormigón pintado en medio



de encinares anudados y pastos yermos. La primavera llegaba siempre impuntual y resultaba breve, mudando a su paso la alfombra parda de las dehesas, transformando aquel secarral en un tapiz en el que pastaban manadas sueltas, sin más norte que el monótono compás de un changarro colgando al cuello del animal más noble del grupo. No había sido capaz de acostumbrarse a la sensación visual de una tierra sin labrar, pastizales extensos donde la humedad huía temprana, abandonando a su suerte al cereal temprano, a la hierba, al tomillo que se enredaba entre las escuetas florestas.

Mikel había llegado a Topas doce años atrás, procedente de El Dueso. Itziar no había dejado de visitarle una vez al mes, los sábados. Se desplazaba desde Azpeitia y hacía noche en la ciudad. Y eso que la visita apenas duraba un par de horas. En ese rato, hablaban de todo lo que les había unido en el pasado: el barrio, la niñez, la juventud, la militancia clandestina, la parroquia, el comando... Ella le contaba, con gestos ondulantes, cómo mudaba el paisaje en aquellos montes de los que había olvidado su olor a lluvia y a humo de caserío. Ella hablaba con las manos y Mikel posaba su vista cansada en el rostro de Itziar, preguntándole siempre por personas concretas, olvidando que, con los años, unos habían muerto y otros se habían ido. Los más, seguían viviendo en el pueblo, pero no como él los recordaba, sino sumando años, los mismos que se amontonaban entre sus rizosas canas.

Ya no le quedaban familiares cercanos. Su madre, la última en morir, no pudo soportar aquella condena tan prolongada e inaccesible. Su padre, cada vez más perdido en una insondable soledad, se fue desenganchando de la vida. El alzheimer avanzó, hasta hacerle olvidar el pasado. A ello contribuyó una sordera que arrastraba desde hacía muchos años, por el ruido del trabajo en la fábrica de soldaduras. Al jubilarle, se hundió en una depresión de la que no fue capaz de salir. Mikel no tenía hermanos. Ni hijos. Sólo a su compañera; a Itziar. Y a los que defendían sus ideales. Durante muchos años su mundo fue su causa, aquel conjunto de



principios e ideas que apenas hablaba con los suyos, un pacto de silencio cuajado de obviedades. Morirían por la causa. Eso era todo. No conocían otra forma de vida desde que siendo jóvenes escuchaban las historias del padre Urquiza, interiorizando las injusticias que su pueblo había tenido que padecer.

Años más tarde, en un camino natural de rebeldía, entraron en la estructura militar de la organización. A Mikel le captaron con veintitrés años. Entró provisto de la energía del principiante, dispuesto a destruir al Estado represor de su pueblo. Le introdujo un vecino suyo, un etarra que luego cayó abatido en Anglet; un mártir de su quimérica independencia.

Después de que se asentó la monarquía, a Mikel le encomendaron algunas tareas, para probar su valía. Mató a dos guardias civiles a bocajarro, dentro de su coche oficial, mientras esperaban en un semáforo. Luego, de repente, le entró la obsesión de matar al rey. Lo de matar militares le parecía inútil; había demasiados. Pero matar al rey era otra cosa. Un acto certero. El salto hacia la libertad. Aquella obcecación le brotó de repente, y muy honda, como una iluminación interior. Odiaba la monarquía y sus valores de perpetuidad. En la Historia que le había enseñando el padre Urquiza, la corona siempre resultaba una rémora para la liberación de los pueblos. Su autoritarismo afianzaba el poder de una dinastía, en detrimento de los ciudadanos, de las naciones.

Una noche de reunión clandestina con la cúpula, bajo una luz áspera que brotaba de sus pupilas, les propuso el regicidio. Por aquellos días, la organización necesitaba hechos contundentes, hitos de lucha armada, por eso le dejaron hacer. No había mansedumbre en su mirada sino una inquina viscosa. La cúpula le dio el visto bueno y él empezó a estudiar los pormenores de la que soñaba iba a ser su gran hazaña. A Mikel le cegaba el odio, apuntalando con sobriedad la magnitud de su decisión.

—Si me cargo al rey, esto va a cambiar —vaticinaba con un arrojo altivo, desafiante, sin dejar de mirar con un ojo guiñado a

la silueta de arma corta que habían formado los dedos índice y pulgar de su mano derecha, sin aflojar el brazo rígido y estirado, a la altura de su hombro, simulando el tiro de gracia.

A Urrutia, un *polimili* de aspecto franco y desgarrado, la decisión de Mikel le parecía una proeza de desalmado. Por eso le llamó desde aquel día *Buey*, por eso y porque Mikel, al igual que los bóvidos castrados, una vez que echa el paso hacia delante, no retrocede; nunca. Y todos comenzaron a llamarle *Buey*, *Buey* Mikel.

Hizo un cursillo prolongado de perfeccionamiento de esquí y se desplazó varias veces a Baqueira Beret. Ni Mallorca ni Zarzuela ofrecían las posibilidades de fuga como la estación de esquí que el rey frecuentaba con asiduidad. Desde las pistas o desde el hotel Montecarlo, el blanco ofrecía muchas posibilidades de acierto a un tirador experimentado como él. Cuando explicó los pormenores a *Patilargo*, tras sonreírle, le abrazó, orgulloso de su arrojo. Luego elaboró meticulosamente el listado de materiales que necesitaba, a fin de tenerlo listo en un plazo breve de tiempo, antes de que cayeran las primeras nieves en el Pirineo. A nadie de los suyos parecía importarles los escollos de la operación. Si la idea era buena, había que arriesgar.

No recordaba mejores momentos de su lucha armada que cuando estuvo preparando el atentado. Le hervía la sangre en las venas. ¡Matar al rey! Removería los pilares de su colosal enemigo, hurgoneando en el rescoldo en que los Borbones vienen calentándose a lo largo de tres siglos. Tras varios viajes de reconocimiento, trazó el plan que alimentaba sus sueños. A veces, contestaba a sus propias decisiones con gestos airados; necesitaba mejorar algunos detalles, tal vez la vigilancia en las pistas, para que nada diera al traste con sus planes. Dedujo que un coche de la policía montaría el control de vigilancia en el acceso a Plá de Beret, por lo que decidió desviarse y dar un rodeo en círculo, rebasando

el camino forestal en el que seguramente tendrían instalado un doble cordón de seguridad.

Tras hacer el *encargo regio*, un coche de los suyos le estaría esperando, para trasladarle hasta la pista forestal. La retirada formaba parte de la operación. Por eso se decidió a contar con un enlace de confianza, provisto de dos motos todoterreno, para que le pudiera guiar más allá de Montgarri, hasta remontar el puerto de Salau, cruzar la frontera y llegar a Francia, al *santuario*. Tras pasada la línea, la situación era bien distinta.

Sopesaba los riesgos una y otra vez. Lanzaba gruñidos al final de un mal augurio y reía con voz ronca cuando rozaba el éxito con la yema de sus dedos. El comando de apoyo se tendría que encargar de alquilar un apartamento en la estación invernal, estudiar el escenario y medir el itinerario de retirada. Luego, llegaría él, solo, con un rifle de alta precisión, del calibre siete, provisto de mira telescópica y silenciador. Lo montaría con calma, estudiaría la distancia adecuada y esperaría a que la cabeza regia estuviera a tiro. Cuando la cruz de su visor señalara con nitidez el centro del cráneo, dispararía. No debía perder tiempo tras el impacto, pues todo estaba meticulosamente medido. Después de haberse convertido en el emisario de su propio destino, desmontaría el arma y con una mochila sobre las espaldas correría sin parar hasta el coche de enlace, para emprender la huida, la operación más arriesgada. Lo del tiro en la cabeza dependía de la suerte...

—¿A dónde vamos?

—Al coche, Mikel. Está en el aparcamiento. Coge la bolsa y salgamos de aquí cuanto antes. Este lugar huele a podrido.

Sintió su cuerpo de presidiario despegarse del muro de alambres que le habían desgarrado el alma. Se alejaba de la vigilancia de su torre de Babel erigida en medio del paisaje plano de la meseta, rematada en una garita acristalada desde la que varios guardianes armados contemplaban la escena de su reencuentro con Itziar, recelosos de sus incipientes movimientos.

Alzó la vista con una mueca burlona de triunfador, algo fingida, pero suficientemente expresiva para que los vigilantes sintieran el reconcomio de la victoria ajena. A su espalda quedaba una pesadumbre convertida en condena, una burla a su lucha, el pago de una culpa que él no reconocía.

La felicidad había quedado extraviada entre los pedregales del camino. Tal vez fuera el momento de poner las cosas en orden. Aquellos años, la rutina de cada día, fueron carcomiendo su aureola de triunfador. Se levantaba temprano, luego recogía la bandeja del desayuno, después, en silencio, dirigía sus pasos al taller de cerámica, más tarde, la celda, después, la comida, y por las tardes, la lectura de libros que le subían de la biblioteca. Incomunicado, sin apenas hablar con nadie, había rumiado el desdoro de cada jornada como si fuera la última, hasta conseguir trepar a la cima de su libertad, el premio a una sumisión ignominiosa.

—¡Un momento! —incurrió Mikel—. Yo esto no me lo había imaginado así.

—¿A qué te refieres?

—A mi libertad. La he soñado mil veces. Y no era así. ¡Aquí falla algo, hostia! ¿Qué pasa? ¿No ha venido nadie de los míos? ¿Por qué no hay nadie aquí? He visto en la tele muchas salidas de la cárcel, en olor de multitudes. ¿Ya no me recuerdan?

—Verás Mikel: pedimos al responsable del centro que no se diera publicidad a tu excarcelación. Hemos aprovechado que hoy, uno de noviembre, es fiesta.

—¡Eso se dice! ¿Hay alguna razón especial? —indagó, más impaciente que indignado.

—*Patilargo* lo prefiere así.

—¿Josetxu?

—Sí. No quiere que de momento vuelvas a Euskadi.

—¡¿Qué?!

—No fue muy explícito, pero te prefiere aquí.

—¿Aquí, dónde?

—Mikel, no es fácil explicarlo. Están en negociaciones con el Gobierno de España. Después de treinta años de democracia, esto ya huele, ¿o qué? No conseguiréis más con las armas que en una mesa de negociación. Así están las cosas.

«Diez años pudriéndome en el módulo once, para esto», pensó. Más de cuatro mil días arrastrando sus zapatillas de presidiario por el mismo pasillo, por las mismas baldosas, por las mismas grietas entre las baldosas. De la celda a la biblioteca, siempre vigilado y en silencio, y de allí de nuevo a la celda, y de nuevo a un taller donde moldeaba con sus manos un pegote de barro hasta conseguir figuras diminutas que luego introducía en el horno, sobre las que pintaba series de vegetación esquemática con un pincel deshilachado. En los diez últimos años, tres de sus compañeros se había quitado la vida, ahorcándose a escasos metros de su celda, usando el cinturón o las sábanas retorcidas, sujetas a los barrotes, dejando caer al vacío el peso de sus propios cuerpos.

—¿Negociación?

—Sí, Mikel. Ve preparándote para ello. Ya sabes, *Patilargo* habla poco. Fue todo lo que me dijo al citarme en el refugio, hace cosa de un mes.

—¿Eso es todo, Itziar? —interrogó desconfiado, como si nada sentimental contara en su cabeza después de recibir aquella noticia.

—Me dio instrucciones sobre lo que debíamos de hacer tú y yo, de ahora en adelante, los cuatro o cinco próximos meses.

—¡Qué raro me suena todo! —lamentó, mientras seguía a su compañera hacia el aparcamiento, sin poder desprenderse de su propia inseguridad—. ¿Ese es tu coche? ¿Desde cuándo?

—Hace más de tres años, Mikel. Te lo dije en su momento. ¿Ya no lo recuerdas? —y montaron en el vehículo sin dejar de lanzar la última mirada al centro penitenciario, con sus monótonas fachadas pintadas de amarillo y su torre de vigilancia erigiéndose en testigo mudo de la partida de *Buey* Mikel.

—¿Qué es esto?

—Números digitales. Es el aire acondicionado. Los grados de temperatura, Mikel.

—¡Hostia, que inventos! ¿Y esto?

—Mikel, pareces un extraterrestre recién caído del espacio. Es el cargador de CDs.

—Creo que me he perdido muchas cosas todos estos años —anunció con lamento—. ¿A dónde vamos?

—A Salamanca. Vamos a vivir allí. Al menos una temporada —su tono sonaba a una resignación mancillada por la soledad de muchos años; libre pero sola.

—¿Idea de *Patilargo*? —llamaban así a Josetxu Aguirregoitia, uno de los dirigentes de la organización, encargado de la logística después de que Mikel cayera tras errar su objetivo, y elevado a la cúpula desde hacía dos años.

—Él te respeta. Dice que no es conveniente que te acerques a Euskadi. Están muy revueltos. Algunos quieren pactar con el enemigo; otros no. Los de HB siguen ilegalizados. Nada es igual que antes, Mikel.

—¿Y qué cojones pintamos tú y yo en Salamanca?

—He pedido un mes de permiso. Al cabo de ese tiempo, *Patilargo* me ha prometido que reconsiderará lo nuestro.

—¿Por qué, Itziar?

Ella no respondió; no conocía todas las respuestas. La música del último CD de Sabina fue apoderándose de la conversación como un taimado ladrón. Ambos miraban al frente de la carretera, perdidos en la línea discontinua que se prolongaba hasta el siguiente cambio de rasante, con la sensación de que el final del mundo estaba detrás de cada badén. Mikel se fijó en el nuevo asfaltado, en las señales de tráfico, en el ancho del arcén... Todo resultaba nuevo para él; nuevo y extraño. La mayoría de los vehículos eran modelos desconocidos, máquinas pegadas al suelo que habían perdido las aristas de sus chasis y se asemejaban a un huevo de avestruz, con neumáticos muy anchos. El mundo le pareció artificial, envuelto en una desolada esperanza.

Al cabo de veinte minutos, el coche dobló la esquina de la calle Federico Anaya, internándose en el corazón del barrio Garrido, un ensanche periférico y bien comunicado, al Este de la ciudad. Tras aparcar, Mikel tomó su bolsa de piel de camello, todo su patrimonio tras dos décadas de cárcel, y echó un vistazo a las fachadas de ladrillo. La calle parecía tranquila, desocupada de gente. Era día de fiesta y los vecinos prolongaban sus horas de sueño. La pareja anduvo unos metros sin cruzarse con nadie. Frente a un portal de puertas metálicas, Itziar giró bruscamente, seguida por el ex presidiario, como si la maniobra de distracción la hubieran ensayado cientos de veces. Sacó un llavero de cuero negro y probó suerte. La tercera llave abrió la puerta y, sin cruzar palabra, entraron con sigilo, acompañando el pomo para evitar ruidos. El edificio, pintado en su interior a base de brochazos largos y discontinuos, carecía de ciertas comodidades, pero parecía limpio y las luces del pasillo iluminaban cada rincón. La sensación de sentirse protegidos aumentó con el silencio. Subieron las escaleras hasta la tercera planta y se colocaron frente a la puerta C. En aquel instante, un vecino de mediana edad salía distraídamente de la casa de enfrente, saludando con una expresión inocua.

Al traspasar la puerta de entrada, ambos percibieron un olor acre que inundaba todo el interior, una mezcla de humedad sin ventilar y bolas de alcanfor en los armarios. Una bombilla de filamentos que colgaba del techo del pasillo les ayudó a dar el primer vistazo de reconocimiento. El aspecto era de un piso antiguo, aunque más cuidado que el portal. La luz resultaba pobre y rancia. El salón, de forma cuadrada, constituía la pieza más amplia y diáfana, amueblado con un tresillo desgastado en sus esquinas y un aparador de madera que sujetaba un televisor pasado de moda, de pantalla curva y teclas salientes. Varias hileras de libros se agolpaban en los flancos del electrodoméstico. La claridad de la calle asomaba en la estancia a través de un ventanal de aluminio gris y cristales hasta el suelo. El resto del inmueble

daba al interior, a un patio de luces del que no se oía ninguna actividad de vecindario.

Mikel soltó la bolsa encima del sofá y recorrió el pasillo hasta el fondo, hasta llegar a la cocina, husmeando cada rincón como un perro de presa. Abrió el cuarto de baño, introdujo su cabeza y examinó el espacio que se abría detrás de la puerta barnizada. Luego, con la avidez que proporciona la desconfianza, entró en una habitación con dos camas y recorrió su perímetro. Después rastreó la del dormitorio matrimonial. No decía nada. Sólo escudriñaba indicios intangibles, incapaz de disimular la decepción de tener que quedarse allí, acatando instrucciones que otros habían tomado por él. Seguido de Itziar, volvió sobre sus pasos y entró de nuevo en la cocina, la pieza más moderna, dotada de una vitrocerámica último modelo y un lavavajillas panelado al que dedicó una mirada hueca, de desconcierto. Abrió el frigorífico y lo encontró lleno. «Algún esbirro de *Patilargo* se ha ocupado de la intendencia», pensó. A la altura de sus ojos, en la rejilla superior, descubrió una bandeja de langostinos cocidos y una botella de cava. Desplegó hasta atrás la puerta de la nevera y se acercó a su interior, escamado por cuanto contenía. Pegada a la etiqueta de la marca del espumoso, halló una nota manuscrita, doblada cuidadosamente con dos trozos de cinta adhesiva.

Buey, te necesito para empresas más altas que las de empuñar de nuevo una pistola. Tu compañera tiene la suficiente información para ponerte al día. Estoy contigo. Bebed, comed y follad. Dentro de unos días tendrás noticias mías. No dejes de hacer una vida discreta. Cuantas menos sospechas levantes, mejor. Ya sé que eres un hombre libre, pero déjate la barba o el bigote, o las dos cosas. Cambia de aspecto. Ya entenderás el motivo. Agur, compañero.

P.

(*Irakur eta Erre*)

Irakur eta Erre. Recordaba aquella consigna, empleada en los primeros tiempos de actividad. *Lee y quema*. Una forma de eliminar rastros. Sujetó la botella por el cuello con el mismo desprecio con que un misógino es arrastrado hasta el altar. Necesitaba plantearse el futuro en aquella covachuela, hacer acopio de entereza ante el nuevo estilo de vida que le tenían trazado. Mikel e Itziar compartieron la decepción y el silencio, necesitados de un nuevo acontecimiento para poder hablarse.

Pasados unos minutos, la miró y sintió una compasión sincera por Itziar, por su lealtad. Sin soltar la botella, extrajo de un bolsillo del vaquero un encendedor y prendió fuego a la nota, posándola en el cenicero, mientras quedaba absorto con su combustión. Mikel rehusó escarbar en las asperezas que escondía su corazón; sólo tenía el amor inmerecido de Itziar y la bondad de su mirada. Pero también pesaba el pasado, un hondo inconformismo que aleteaba alrededor de su estómago y de su cabeza. Ella, en cambio, intentaba simplemente vivir. Vivir una vida de pareja, dos personas normales que se quieren, que rozan sus labios cada mañana al despertar, que entrecruzan sus problemas y comparten su plato. Parecía enfadado con el mundo aunque ni tan siquiera se daba lástima de sí mismo. La tiranía de aquellos pensamientos atrapó entre sus dientes el esbozo de una sonrisa. Alargó la mano hasta el plato de langostinos y se dejó caer en una silla de madera, al tiempo que crujía el trenzado del respaldo. Itziar le miró amedrentada, sin saber bien qué hacer con aquella soledad desvincijada y triste, derramada como hierro candente entre las grietas del pasado.

Nada hubiera sido igual si un nefasto día de Nochebuena, en Baqueira Beret, mientras Mikel estiraba el brazo izquierdo para asir el rifle, sacando el extremo del cañón por el resquicio de la ventana entreabierta, la mente no se le hubiera abotargado. Los fantasmas de aquella mañana coleaban aún por su cabeza. El comando de infraestructuras no había conseguido nada mejor. La distancia al objetivo estaba calculada para cuatrocientos metros,

aunque Mikel dedujo que aquello sumaba trescientos metros más. Podía hacer blanco, pero con menos probabilidades de éxito. Guiñó el ojo izquierdo y acercó su cara hasta la lupa de la mira telescópica, intentando adecuar su visión al marco redondo de la lente convexa. Tenía su objetivo en el punto de mira... y un sueño al alcance de la mano que acariciaba el gatillo.